

Encuentra tu *inspiración*, echa a volar tu imaginación y participa en el

15^o CONCURSO DE CUENTOS



BESTIAS

Camila Gaete

En mis años de cazador por el valle de Delienn Dû conocí muchas bestias, pero ninguna tan nefasta y peligrosa como Gaudenn. ¿De qué criatura se trataba? ¿Acaso era de aquellos viles reptiles que te acechan, escupen fuego o vuelan? No, para nada. No era más que un simple ser humano que, por mucho que yo lo superara en contextura y moral, supo frustrar mi vida. Fue quien me enseñó que el amor, por constante y honesto que sea, a veces, simplemente, se desecha en pos de una cara bonita, figura esbelta y falsa simpatía.

Todo ocurrió en el decimonoveno invierno de mi vida, en esa época en donde la mentalidad se asienta y te proyectas, cuestionándote si tu futuro está fuera del hogar o ahí mismo, entre la gente que te rodea. En mi caso, la respuesta la conocía desde hace años, solo que al fin había llegado mi momento de aceptarla y luchar por ella: luchar por el amor de Déborah.

Ah, sí... Mi por siempre querida Debby. Una chiquilla que, por figura y colores (estatura promedio, cabello trigueño y ojos cafés), no destacaba entre las demás campesinas. Sin embargo, al oírla hablar y contar sus ideas... ¡Vaya! Habría que ser zopenco para no ver lo especial que era.

Nos conocimos en un claro a la entrada del Bosque Dû por mero azar. Yo llevaba años viviendo ahí, cantando mi repetitivo cancionero, en absoluto aburrido de mi rutina, cuando Debby se me apareció. Literal, brotó de los troncos y los arbustos sin hacer ruido y como por generación espontánea, a pesar de las lágrimas y los mocos que le corrían.

Fue una rareza.

Yo apenas tenía once años, pero habiéndome criado en una familia de cazadores expertos, que desde mi nacimiento me habían enseñado a aguzar la vista, el oído y el olfato, dejarme asustar por una niña resultaba decepcionante y extrañísimo.

Al topármela, di un respingo y retrocedí dos pasos, descolocado. ¿Debby, en cambio? Nada. Más allá de pestañear y limpiarse el rostro, se quedó en su

lugar, quieta y tranquila. Quieta y conmovedoramente tierna, con su carita de tristeza entregada a la fatalidad.

Ese día marcó mi vida. Fue la primera vez que fui consciente de mis actos o, mejor dicho, de mis costumbres, pues previo a eso, todo lo hacía por inercia, lacayo ciego y fiel de los mandatos de mis padres. Fue la primera vez que el cazador se convirtió en presa y supe que el corazón se acelera por más cosas que el hambre y la adrenalina.

Sí, me enamoré de ella al instante. No lo supe en ese entonces, pero lo sospeché cuando, al despedirnos, el calor que irradiaba mi pecho al resto de mi cuerpo disminuía conforme Debby se alejaba, resurgiendo con más vitalidad con cada reencuentro.

Ocho años más tarde, teniendo una amistad sólida con Déborah, siendo ella mi primer y último pensamiento del día, ya no dudaba de mis sentimientos, sino del compromiso. ¿Debía decirle que la amaba? Si me declaraba, ¿me aceptaría? ¿Qué sería de nosotros si me rechazaba? Y así, lleno de dudas y temores, fui a la cordillera Uhd en busca de respuestas.

Aunque lúgubre por sus árboles de hoja oscura, el valle de Delienn Dû resulta un lugar muy agradable para vivir, por sus frutos y sus temperaturas moderadas. Todo lo contrario puede decirse de las montañas que lo rodean, la cordillera Uhd, que no es lugar para nadie, salvo que se busque una muerte segura o una revelación. Y ahí estaba yo. Jugándome la vida por soluciones que a mí no se me ocurrían y diciéndome que Déborah tenía razón al decir:

-¿¡La cordillera Uhd?! Antes mejor ahógate en el lago Brummen si ya no valoras tu vida. Al menos esa sería una muerte rápida y piadosa. ¿Es que te volviste loco?

¿Loco de amor? ¿Loco por ella? Sin duda, mas me limité a hacerle ver que necesitaba ir ahí para aclarar mis dudas, a lo que contestó:

-Si vas y no regresas, te odiaré el resto de mi vida.

Y así como iba ese invierno, tendría que odiar mi cadáver. No llevaba ni un mes en las montañas y el hambre ya amenazaba con desintegrar mis vísceras. La nieve me llegaba a las caderas, había estado a punto de caer en una zanja cuatro veces y de morir por las heladas otras seis. Tenía la nariz

quemada por el frío, las uñas resquebrajadas y me moría de sed, cuando en medio de la desgracia, oí una llamada de auxilio.

-¿Ah?- me detuve, atento- ¿Seré yo o en serio hay alguien pidiendo...?

-¡Auxilio!- oí de nuevo y, pegando el oído al suelo, busqué la fuente del sonido, tan concentrado, tan disminuidos mis demás sentidos por la fatiga y el cansancio, que no sentí cuando la nieve cedió bajo mi peso y me arrastró con ella a otra condenada zanja.

-¡AH, DIABLO!- rezongó entonces la misma voz de antes, más clara y molesta- ¡AHORA SÍ QUE ESTOY SALVADO!

Y ahí, metros bajo la superficie, muriéndose de frío, conocí a mi mal agradecido compañero de infortunio: un hombre joven, cercano a los treinta, bien agraciado, pecoso, de liso cabello color cobre y aspecto lozano, a pesar de los moretones en el rostro y las magulladuras en sus brazos.

-¿Quién eres?- le pregunté.

-¿Qué importa?- me contestó, lacónico- Moriremos pronto.

Así de animoso, mi primer impulso hubiera sido abandonarlo y salvarme, sin pensar en él otro segundo. Sin embargo, algo en sus gestos, en su humanidad herida y desesperanzada, me movió a compadecerlo antes que odiarlo. Así y todo, le di la espalda y miré arriba. Quinientos metros me separaban de la libertad. Un gran desafío, pero plausible si confiaba en mi habilidad y me puse a escalar.

-¿Estás loco?- gritó el desconocido al instante- Hay tormentas a cada segundo y esa pared es altísima, no lograrás salir.

-Hay entradas lo suficientemente grandes entre las rocas para protegerme si graniza. La nieve amortiguará cualquier caída, así que no pierdo nada escalando. Sígueme o cuélgate de mi espalda si quieres.

-No lo lograrás.

-Bien- dije y avancé.

Continúe mi ascenso especialmente lento, sabiendo que la esperanza podría más que el miedo y en cuestión de minutos, sin mediar grito ni aviso, sentí las uñas del desconocido incrustarse en mis hombros y sus rodillas apuñalarme las costillas.

-¡Por todos los dioses, sí aguantaste!- se sorprendió, cuando después del primer tambaleo, no nos dejé caer- ¡Con mi peso y todo! ¡Increíble!

Definitivamente pasan cosas extrañas en estas montañas. Primero el Desollador y ahora tú. ¡Impresionante!

-¿Desollador?

-Ah, sí- gruñó-. Llevaba cinco días cruzando la cordillera cuando lo sentí acecharme y me arrojé a la zanja para protegerme.

>>Agh. Condenados cambia formas. No sé qué diablos estará haciendo uno de ellos por aquí. Esos monstruos son de ciudades grandes, donde la gente abunda. No tiene sentido que haya uno en las montañas, donde no puede engañar a nadie ¡Ugh!- tembló- Vaya que odio a esas criaturas.

-¿Has visto a una?

-No directamente, pero he oído muchas historias espantosas. Asesinatos entre amigos, ciudades devastadas, familias diezmadas por el intruso entre las paredes... ¡Ah! Pero ni una supera la de la niña.

-¿La de la niña?

-Esa donde el Desollador se disfraza de la madre de una pequeña y la atrae con una canción de cuna para comérsela. ¡Ugh! ¡Sí, ugh! Qué cosa más horrible. ¿Cómo es que a ti no te perturba?

-Bueno, es su naturaleza.

-¿¡Y?!? ¡Para cambiar de forma necesitan de una víctima! No por nada se llaman Desolladores: cazan a alguien, lo despellejan y luego se disfrazan. O sea que para haber llamado a esa joven...

-Debió comer a su madre antes, entiendo.

-¡Es una locura! ¿Aprovechase de la confianza de una inocente para destruirla? ¡Eso es cosa de bestias! Imagínate ayudar a alguien y acabar hecho su cena. ¡Es una barbaridad, lo permita o no la naturaleza!

-He visto cosas peores en las personas. Los Desolladores son como cualquier otro animal. Hacen lo que el instinto les dice para sobrevivir, sin maldad. Los humanos, en cambio, se engañan y matan entre sí. ¿Quién es ahí la verdadera bestia?

-Son cosas diametralmente distintas. Nadie muere de mentiras. Esos monstruos, en cambio, se cuelan en tu vida para comerte de un momento a otro. ¡Oh, qué pesadilla! No podría vivir en un lugar donde ellos estuvieran. Por eso me fui de mi pueblo. Ahí teníamos una plaga. Pero si a ti no te aterran, algo me

dice que es porque tu ciudad está libre de ellos. ¿De dónde eres, eh...? ¿Cómo te llamabas?

-Des. ¿Tú?

-Gaudenn. ¿Dónde vives, Des?

-En este valle. No tengo hogar fijo, solo sigo a los animales.

-Ah, ¿cazador?

-Exacto.

-Sí, me hace sentido. Me hace sentido, excepto por verte aquí. ¿Qué haces en la cordillera? Ninguna criatura, por desesperada que esté, correría aquí para salvarse y si lo hiciera, claramente no valdría la pena perseguirla.

-Cierto.

-Entonces, viniste buscando la muerte a propósito o... quieres una respuesta.

Era sorprendente la velocidad a la que funcionaba la mente de Gaudenn. Cómo obtenía la información que quería al instante y cómo saltaba de una conclusión a otra.

En toda la subida, no pude verle el rostro, pero por la manera en que hablaba, por su voz varonil, precisa y agradable que seducía con cada oscilación de asertividad, imagino que sus miradas debieron ser de lo más inteligentes y cautivadoras. Si solo por oírlo consiguió que le hablara de Déborah, ¿cómo ella, viéndolo por semanas, teniéndolo como allegado en su hogar, no iba a rendirse a sus encantos?

Ah...

Pobre Déborah.

-Entonces, dime- insistió él, deseoso de conocerme- ¿Qué es lo que abrumba al joven cazador? ¿Ambición o amor?

-Lo segundo- le confesé, dando pie al peor error de mi vida.

-¡Lo sabía!- dijo y estoy seguro de que sonrió- ¿Qué pasa con ella? ¿Es bonita y graciosa? Cuéntame.

-Apréciala tu mismo. Tengo su imagen en el relicario que llevo al cuello.

-Oh- dijo, buscándolo-. Oh, qué bien hecho. ¿Te lo dio ella?- asentí- ¿Dónde lo compró? Tan buen trabajo solo lo he visto en los joyeros de la capital.

-Ella lo hizo.

-¡No!

-Sí.

-¡Imposible!

-Es cierto.

-¡A ver! Conozcamos a la jovencita- dijo y lo abrió: -Hmm...- reflexionó, claramente decepcionado-. ¿De modo que...?

-Déborah.

-Eso, Déborah...- repitió, confuso- ¿Dices que ella construyó esto?

-Así, es. Todo, incluyendo el metal. Y es más que solo una imagen. Tiene un botón en la parte de atrás.

-Me cuesta un poco verlo, ¿te importa si te lo desabrocho?

Accedí sin desconfiar.

Con sus habilidosas manos, Gaudenn me quitó el collar y activó el mecanismo que le decía, abriendo su segundo compartimento.

-¡Oh! Una brújula.

-Pero no cualquiera. Esta apunta a su casa, en Toemm.

-¿Para que siempre vuelvas a ella si te pierdes?

-Tal cual.

-¡Vaya! Es lo más único que he visto en realidad. ¡Esa chica es un prodigio! ¡Un talento oculto! Porque, digo... no te ofendas- se explicó-, pero viéndola a la primera...

-¿Qué tendría de especial?

-Exacto.

-Bueno- suspiré-. No te ofendas, pero es justamente por patanes como tú que Debby ha llegado a sentirse sola e incomprendida.

¿Recuerdan cuando mencioné que había que ser zopenco para no ver lo especial que Debby era? Pues, daba la casualidad de que Toemm estaba plagado de ellos.

Siendo un pueblito lacustre, medio olvidado del reino de Broc, patriarcal en sus gustos y por lo general, cerrado a los extranjeros, sus habitantes tuvieron la piedad de recibir a Déborah y a su padre luego de que una horda de Desolladores devastara su ciudad natal. Lo hicieron, sobre todo, por compasión a ella que, huérfana de madre por la tragedia, despertó en las mujeres el instinto maternal de acogerla y terminar de educarla para ser una señorita.

¿Lo lograron? En lo que respecta a modales y cortesía, sí. En cuanto a ideas, nada, pues Debby tenía una mente liberal e imaginativa. Le gustaba correr y competir con los hombres. Usaba los cuadernos de dibujo para bocetear artefactos y máquinas y en su tiempo libre iba a la herrería de su padre, a aprender de metales, sus resistencias y probar aleaciones con las cuales construir los inventos que cambiarían el mundo algún día.

Por años, las mujeres de la sociedad trataron de corregirla, hasta el punto de prohibirle el uso del papel y quemarle sus diseños. Por mucho tiempo, a su vez, Debby trató de darles en el gusto, forzándose a encajar en su ideal de feminidad, hasta que ocurrió el incidente del pozo: el día en que, por causas aún desconocidas, Toemm amaneció inundado.

Ahí, mientras todos hacían lo imposible para solucionar el desastre, cada uno por su cuenta, Debby se subió a un techo y cuantificó el agua que había. Era tanta que, ni con todo el pueblo sacándola con baldes, la retirarían en menos de dos semanas y así, se le ocurrió drenarla con una bomba.

Hizo sus estimaciones, planificó, calculó y armó todo, de modo que el agua cayera al lago y ¡magia! Problema solucionado. O más bien, problema ganado, pues si bien, los hombres la felicitaron y le invitaron cerveza, a las mujeres no les cayó en gracia su astucia:

-¿Acaso te crees mejor que nosotras?- la encararon- ¿Qué eres, ah? ¿Un hombre o una mujer?

-Ayudé al pueblo. Eso es cosa de hombres y mujeres por igual, ¿no?

-Sí, pero cada quien a su manera y lo que tú haces ofende lo que es ser una dama. ¡Buena suerte consiguiendo marido! Te arrepentirás el día en que te veas sola.

-¡Pues que así sea! ¡Ni que me importara casarme! ¡Así tal vez me salve de ser una amargada como ustedes!- les gritó y huyó.

Huyó echa un mar de lágrimas hacia el Bosque Dû, donde la atrajeron mis canciones y el destino nos unió.

Esa tarde la consolé, aplaudí su valentía y desde entonces, nos hicimos compañía. A ella le gustaba que le mostrara el bosque, en sus aspectos más bellos y oscuros. Le causaban curiosidad mis viajes e imaginar el hogar de mis padres, a donde volvía cada invierno. A mí, en cambio, me fascinaba verla

dibujar, calcular, saber de sus ideas y sueños y, ante todo: verla crecer. Pues sí, como es costumbre de humanos, con el pasar de los años, Déborah creció.

Le cambió la figura, su voz dejó de ser infantil y lo mejor, sus inventos pasaron de ser sueños imposibles a artefactos prácticos y reales, que construía en su propio taller, bodega de sus inventos y dibujos. El sitio donde ella y yo podíamos ser nosotros mismos, libres de toda mirada crítica.

-El sitio- terminé de contarle a Gaudenn, refugiados de una tormenta en un recoveco de la montaña- donde me di cuenta de que se había convertido en una mujer.

-¿Cómo así?- se interesó.

-Lo supe un mes antes de que hiciera este viaje. Llegué una tarde al taller y en vez de verla ocupada en alguno de sus tantos quehaceres, me la encontré viendo por la ventana, melancólica. Miraba a unas chicas siendo cortejadas por un par de hombres- dije y recordé, con pesar, ese día...

-¿Tú crees...?- me preguntó Déborah, nada más sentirme llegar, sin apartar los ojos de la ventana- ¿Tú crees que algún día alguien me mire como las miran a ellas? ¿Algún día llegaré a interesarle tanto a un hombre para que me regale flores y palabras bonitas?

-Claro que sí, Debby- contesté, derritiéndome por ella-. ¿Por qué la pregunta? Siempre has dicho que no te interesan esas cosas.

-Ya sé- suspiró, bajando la vista-. Ya sé, ¡ya sé! Sé que hay más en la vida que estar con alguien, pero ¿sabes? Ahora, tener metas y soñar con el éxito no me parece la gran cosa. ¿Cómo podría, si de todas formas, a nadie le importa lo que hago? Las demás mujeres, en cambio... míralas- dijo y me asomé-. No hacen ningún aporte extraordinario y son queridas. Yo mejoro el pueblo y me siento vacía. ¿Por qué?- graznó, tratando de contener las lágrimas- ¿Por qué no puedo tener lo mismo?

-Oh, Debby. Yo creo que lo tienes. Tu padre y yo te queremos mucho.

-Gracias- rio-. Pero estoy hablando de otro tipo de amor, Des. Quiero una pareja. Eso es lo que me pregunto. ¿Llegará el día en que alguien me quiera de esa forma?

Quando terminé de contar aquello, un silencio invadió el refugio. Yo me quedé pensativo, mirando introspectivamente la fogata mientras analizaba con

otros ojos mi situación y Gaudenn... Gaudenn se mantuvo callado y serio, la tensión creciendo entre nosotros.

-¡Oh, vaya! ¡Qué ciego!- me levanté, exaltado- ¡Qué montañas y señales! La mejor pista sobre lo que debía hacer con Debby me la dio ella misma ese día. ¡Tengo que regresar!

-Sí, deberías- afirmó mi compañero, sombrío, todavía con el relicario en mano.

-¡Ah, pero la tormenta!- me enfadé, dándole la espalda-. Nunca debí venir a estas montañas.

-Eso también es cierto- dijo y me atacó.

Lo que vino a continuación fue una mezcla de sorpresa y terror. En cuestión de segundos, los pensamientos se me hicieron humo y aparte de toser y rasguñar, no pude hacer otra cosa. Giré con fuerza, jalé cabellos y desgarré piel. Nuestros gritos se unieron al rugido de la tormenta y finalmente, me abandonaron las fuerzas y me desmayé. Sentí que caía y cuando desperté, hecho un bulto de carne amoratada y sangre, vi que la sensación había sido una realidad. Estaba de vuelta en la zanja, vivo por suerte o por desgracia.

Ya sé lo que están pensando. ¿Era Gaudenn un Desollador? Pues no. Desde el principio les dije que no.

No.

El Desollador era yo. Siempre fui yo, atrayendo a los desconsolados con mis canciones en el Bosque Dû, acechando hasta la más pequeña criatura en la cordillera para sobrevivir.

Gaudenn me había visto, pero no en mi verdadera forma. Si no, estoy seguro de que no se hubiera atrevido a atacarme. No se hubiera atrevido a cometer el peor error de su vida. Pues, así como yo me había equivocado guiándolo a Déborah, entregándole la brújula que lo llevaría directamente a ella, él había escogido mal a su víctima. No dejaría que ese malvado, un asesino a sangre fría, le pusiera un dedo encima a Debby (mi Debby) y me levanté enseguida.

Escalar la zanja por segunda vez, apolillado como estaba, me demoró más de un día. Luego, orientarme en las montañas rumbo a Toemm, famélico y agotado como me hallaba, hizo que un viaje de semanas se volviera de meses.

Varias veces pensé que no lo lograría y en todas esas ocasiones, me volví a levantar, solo por Déborah. No, no permitiría que a ella le pasara nada y así, luego de esa larga y penosa odisea, llegó el día en que divisé el Brummen y con él, los tejados de las casas de Toemm. ¡Qué alegría!

Tardé dos días en llegar a la otra orilla. Ya de vuelta en la civilización, me lavé, afeité y ajusté la piel de humano (las costuras a poco de desgarrarse de tanto ajetreo) y fui al taller.

-¡Debby!- llamé, sorprendido de encontrarme la puerta cerrada- ¡Debby!- insistí, hasta mis últimas fuerzas y su suave voz me llamó a mis espaldas:

-Des.

-¡Debby!- grité, cayendo en sus brazos- ¡Debby, finalmente!

-¿Qué te pasó, Des? Te ves terrible.

-¿Por qué está cerrado tu taller?- repliqué, demasiado agitado para pensar en otra cosa.

-Oh, sí- se sonrojó ella-. Es que voy a irme próximamente.

-¿A dónde? ¿Con quién? Por favor dime que no es con nadie que se llame Gaudenn- dije y su alegría se congeló.

-¿Lo conoces?

-Por desgracia. Me atacó en las montañas, robó mi collar y supuse que vendría a buscarte- le conté, viendo cómo se resistía a mis palabras-. ¿Vino a buscarte, verdad? ¡Dímelo, Debby!

-Bueno, buscar...- dijo, haciéndose la desentendida- Buscar es mucho decir, ¿no? Nos conocimos por casualidad y...

-¡No, nada de casualidad! Él te buscó porque yo le dije que eras brillante y vio en ti una oportunidad.

-Tonterías.

-¡Trató de matarme, Debby! ¡Mírame! Estoy hasta los huesos y he llegado atrasado a verte. ¿Alguna vez había ocurrido algo así?

-No, pero... ¿Gaudenn? Él es tan amable y cariñoso- dijo, con ojos soñadores-. Tan atento y comprensivo. No me lo imagino haciéndole daño a nadie.

-Pues es capaz. Es un asesino, Debby.

-No- negó, apartándose e insistí:

-¡Sí, Debby, sí!

-No, ya basta.

-Pero...

-¡No digas más, por favor!- me suplicó, su voz desgarrada por la pena-
Por favor, Des, no me digas que mi amor me mintió.

-¿Amor?- pregunté y me mostró el anillo en su izquierda.

-Me casé con él, Des- sollozó, resquebrajada-. Por favor- insistió, desecha-. Por favor no me mires así. Tú no sabes- tragó-. Me dijo tantas cosas bonitas. Me hizo sentir tan especial y querida...

-Oh, Debby, no- me lamenté, tan herido como ella-. Todo eso pude dártelo yo.

-¿Ah, sí?

-Sí, Debby, mi amor. Fui a esas montañas para buscar las agallas para decirte cuánto te amo y después de tanto, aquí estoy.

-¡Te dije que no te fueras!

-¡No creí que caerías ante el primero que te conquistara!

-¿¡Y cómo iba a saber yo que me amaba un Desollador?! ¡No culpes a las montañas! Somos amigos desde el día en que me perdonaste la vida en el bosque. Tuviste todo ese tiempo para decirme algo. ¡Tantas oportunidades para demostrarme tu amor! Pero, ¿qué hiciste? Solo te fuiste y otro llegó.

Nos contemplamos, dolidos y decepcionados del fin de nuestra historia. Estábamos ante un montón de hechos consumados, excepto por una cosa:

-Todavía puedes quedarte, Debby. No te vayas con él.

-¿Cómo no hacerlo? Es mi esposo.

-¿A dónde piensan ir?

-Quiere llevarme a la capital. Él considera que tengo potencial y debería mostrarlo al reino.

-No vayas. Se aprovechará de ti y de tus inventos.

-Ya qué- suspiró ella, resignada-. No queda nada por hacer. Al menos déjame con la ilusión de que estando allá, seguirá siendo el hombre cariñoso que conozco- dijo y cerramos la conversación.

Hasta el día de hoy sigo preguntándome quién fue peor bestia, si Gaudenn o yo. Él por mentir y robarle el corazón a una inocente y yo, por quebrárselo.

De haber sabido que Déborah amaba tanto a ese desgraciado que su ausencia le haría peor que su presencia, lo habría pensado mejor antes de desollarlo.

Debby supo de mi engaño nada más encontrarnos en el transporte que nos llevaría a la capital. Debieron ser mis palabras, mis gestos o simplemente, mi falsa humanidad (esa que a Gaudenn tanto le sobraba) las que me descubrieron. Lo cierto es que ya da igual. Ella se limitó a asentir, nuevamente entregada a la fatalidad, ya no de la muerte, si no a la de su mala suerte en el amor, destinada como estaba a enamorarse de cretinos y monstruos.

Regresó a su taller, armó un asiento junto a la ventana y ahí se quedó, deshecha y ya sin motivación, viendo la vida pasar frente a sus ojos. Nunca más lloró, rio, dibujó, inventó ni habló, condenándome a lamentar mis acciones por la posteridad.

Oh, Debby... Te lo suplico hasta el día de hoy: solo dame tu perdón y te prometo que volveré a la cordillera Uhd tranquilo.